

Dos modelos para salir de la crisis

MANEL PÉREZ

LA VANGUARDIA, 22.03.09

Entre 1933 y 1939, las obras públicas proyectadas (en Estados Unidos) habían dado como fruto la construcción, acabada o en marcha, del 70% de los edificios de escuelas existentes en el país, del 65% de las sedes de los tribunales de justicia, de los ayuntamientos y de las plantas de aguas residuales, y del 35% de los hospitales y los centros públicos de salud. Este legado incluía asimismo una gran generación de nuevas carreteras, puentes y otras obras de ingeniería de financiación estatal (...) Se construyeron barcos de guerra, aviones de combate y aeropuertos militares". Este sumario resumen del alcance del *new deal* de Franklin D. Roosevelt hasta dos años antes de la entrada de EE. UU. en la guerra, extraído de la biografía política del presidente escrita por Patrick Renshaw (Biblioteca Nueva), ofrece una plástica idea de la envergadura de la intervención pública que se puso en marcha para hacer frente a la Gran Depresión. Y en la lista no se mencionan las cuantiosísimas partidas destinadas al sector financiero, la agricultura, el comercio y la industria. Fue la época del *capitalismo mendigo*, dependiente del dinero público para sobrevivir.

Todo eso no calmó la inquietud de John M. Keynes, economista de nuevo en boga tras un periodo de ostracismo neoliberal y cuyo nombre sirve ahora para justificar políticas económicas diversas y que en aquellos años defendía que la intervención del Estado a una escala desconocida incentivaría la demanda lo suficiente como para superar la depresión. Con británico porte, criticó a Roosevelt señalando que, a su juicio, aún no hacía lo suficiente.

"Parece imposible políticamente, en una democracia capitalista (¿en qué estaría pensando lord Keynes, en Alemania?), organizar el gasto público a una escala lo suficientemente grande como para llevar a cabo el experimento que probaría lo correcto de mis argumentos, como no sea en las condiciones creadas por una guerra", escribió Keynes en julio de 1940. Tenía razón, pues no fue con la guerra, y la carrera de armamentos que la precedió y sustentó, como la economía capitalista logró superar la Gran Depresión.

Nadie desea que la crisis actual sea una repetición ni paródica ni cómica de lo que sucedió hace 80 años, pero, desde hace casi dos años, los síntomas son inquietantes. No sabemos qué saben el presidente del BCE, Jean-Claude Trichet, y el de la Reserva Federal, Ben Bernanke, para haber lanzado sus mensajes optimistas de la pasada semana, pero el mundo económico no comparte su diagnóstico.

A través de las redes del sistema financiero y del comercio internacional, la crisis está paralizando progresivamente la industria. La producción del sector se ha hundido un 31% en Japón, un 12% en Europa y un 11% en EE. UU. En este último país, la tasa de desempleo, incluidos los subempleados, alcanza ya el 14,8%, cifra de proporciones *españolas*... La continua caída de la demanda sigue siendo hoy la fuerza dominante de la economía mundial, y nadie ha encontrado la herramienta para detenerla.

Y, justamente por eso, los países que se reunirán en Londres en la cumbre del G-20 han definido sus líneas de divergencia en torno a si debe optarse por un nuevo y más ambicioso plan público que detenga el deterioro de la economía, que es la posición de la Administración Obama,

o hay que esperar y pensar en la regulación financiera del futuro, que es la posición de la mayoría de los países europeos. Precisamente el mismo debate que divide al equipo económico del Gobierno entre los partidarios de más gasto y los preocupados por el déficit.

De momento, los socios comunitarios han descartado aprobar nuevos planes amparándose en que el sistema financiero europeo no está tan descompuesto como el de Estados Unidos y en los efectos balsámicos del Estado del bienestar y sus sistemas de protección social.

Los europeos, preocupados por la inflación, temen el rebote de una laxa política monetaria estadounidense, que debilite el dólar, refuerce el euro y acabe golpeando de nuevo a la industria, especialmente la alemana y la francesa. El problema es que Estados Unidos aplicará su política de intervención estatal masiva pese a los reparos europeos. Y para Europa la elección será entre un paro insoportable o más déficit público.